

media
columna

la **S**emana
literaria

Joan Teixidor

Rafael Vázquez Zamora

TOT ES ARA I RES

Cuando el poeta admirado como tal resulta ser también un viejo amigo se hace difícil su lectura. No debería intervenir este factor tan particular pero se hace imposible prescindir de él aun con la mejor voluntad. Saltan en las líneas pequeñas voces que son como rastros de recuerdos que en cierto modo nos conciernen; quizás una imagen o una frase fueron oídas antes de que cristalizaran en estrofa; en todo caso revive un mundo de obsesiones que no pueden sorprendernos porque las sabíamos de antemano. Todo es culpa de la misma poesía, esta forma de escribir fatalmente íntima, confesional, demasiado desnuda e indefensa, a pesar de todos los intentos para des-temporalizarla, para hacerla válida más allá de uno mismo. Intempestivamente, aflora aquello que no hubiéramos querido aludir. El hombre siempre está demasiado cerca. Es ésta su debilidad y también su grandeza.

Com sempre, però una mica més trist... Con estas palabras me llega el último libro de Joan Vinyoli, «Tot és ara i res». Evidentemente reconozco aquella adolescencia de hace tantos años que recitaba sus versos a aquella otra adolescencia mía igualmente lejana en el tiempo. La palabra estremecida, sabia y precisa, que se quiebra continuamente de tanto peso emocional. Un paisaje que no podría olvidar se difumina en el fondo. Nunca dejaremos de ser lo que fuimos y si algo me impresiona en este breve volumen es su nostálgico retorno a un clima de poesía que vuelve a ser válida no sólo para el poeta, sino para cualquier buen lector. Sí, los años no pasaron en balde y de ahí la tristeza, cierta desasosegada irritación, una leve impertinencia de *poète maudit* de nuestro siglo. Con ello una mayor realidad un clamor más intenso de los mismos versos de la misma voz recobrada. La poesía, como siempre, más triste quizá, pero también más enriquecida.

Raymond Radiguet fue un meteoro en las letras francesas. Pero cuando un escritor de gran porvenir truncado surca velozmente la literatura de un país, puede dejar una impresión imborrable. Eso ocurrió con el tan precoz Radiguet, n. en 1903 y m. en 1923, el cual influyó muchísimo en Jean Cocteau —que conoció a aquél cuando él tenía 30 años y el muchacho genial 16—. Y nos quedan de él *Le diable au corps* y *Lé bal du comte d'Orgel*. *Efforcez vous d'être banal*, le decía el jovencísimo Radiguet al que había de ser —que ya lo era— uno de los escritores más ingeniosos del mundo. No se trataba de ser vulgares sino todo lo contrario: ser conservadores en literatura pero de un modo «distinto», de una manera revolucionaria. En su prólogo a las «Obras escogidas» de Cocteau en la edición española (Aguilar) de hace unos años, exponía muy bien Gil Albert cómo funcionó la influencia mutua entre aquellos dos grandes escritores. Se trataba, para éstos, de no ser anárquicos en una época en que la literatura era sacudida por corrientes tan desintegradoras y, al mismo tiempo, ser nuevos apoyándose en lo viejo. En el fondo, es un ideal que siempre, de un modo u otro, procuran conseguir los verdaderos creadores: quedar como muy avanzados teniendo a la vez presente lo que de permanente y básico hay en la literatura.

Naturalmente, aquel muchacho que desaparecería a los veinte años no podía, incluso con una precocidad tan impresionante, llegar a realizar en la novela lo que un poeta genial y también precoz —Rimbaud— pudo hacer en la poesía. La novela, para realizarse plenamente un gran creador en ese género, necesita mucho tiempo. Ya es deslumbrante, sin embargo, que Radiguet escribiera esa admirable novela *El diablo en el cuerpo* [de la cual Vicente Molina-Foix ha hecho ahora una excelente traducción (1)], publicada en el mismo año de la muerte de aquél y que muy probablemente empezó a escribir ya a los dieciséis años. Por una parte, parece la típica novela que recoge autobiográficamente y de modo muy vivo el primer y muy repetido encuentro de un adolescente con el amor hecho carne, y, por otra, deja la impresión de una precocidad literaria asombrosamente hábil y sabia que permite a su autor inventar novelisticamente sentimientos y sensaciones basados en una experiencia no tan completa.

Pero lo cierto es que la realidad novelesca está ahí, en ese libro tan expertamente construido en que las vivencias eróticas, el inevitable sentimentalismo, la actitud cada vez más cínica sin dejar de ceder al romanticismo, las chiquilladas en contraste con la virilidad en ejercicio y tan atinadas observaciones psicológicas, constituyen un admirable conjunto de eficacia narrativa.

Partiendo de su infancia escolar y

Raymond Radiguet: "El diablo en el cuerpo"

Joe McGuinness:
"Cómo se vende
un presidente"

de sus primeras aventuras inocentes el narrador nos lleva a su primer encuentro con Marthe, una joven que tiene novio y a la que conoce su familia. Está ya muy avanzada la primera Gran Guerra —en el cuarto año— cuando en F., a orillas del Marne, tiene lugar esa reunión familiar campestre que sería punto de partida para que el adolescente empezase su amistad amorosa, pero aún no muy definida, con Marthe, que tenía dieciocho años. Un día el narrador protagonista la acompaña en París —donde ya estudia él en el Liceo Henry IV— mientras compra muebles para cuando se case con Jacques, lo que será muy pronto. El muchacho la hace comprar los muebles que él prefiere, o mejor dicho la hace desistir de que adquiriera para la alcoba aquellos que les gustarían más a ella y a su novio. Marthe, evidentemente, quiere muy poco a aquel hombre y, más adelante, llegará a decirle a su tan joven amante que de haberle dicho él que la amaba, no se habría casado con Jacques. Lo que no es exactamente verdad pues antes de haber intimado con el chico la actitud de ella habría sido la misma. Pero cuando la guerra vuelve a alejar a Jacques y, en cambio, la presencia de su adorador se hace casi constante y cada vez más intensa y emprendedora, ella considera al muchacho como el único hombre deseable.

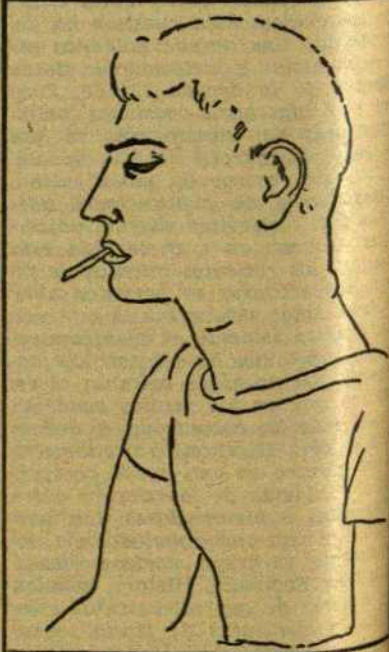
Está admirablemente presentado en la novela cómo pasa aquel amor del chico de la fase contemplativa y adoradora en silencio a lo que podríamos llamar la acción directa. «Le pedí que apagara las luces. Hasta en sus brazos desconfiaba de mi timidez. Las tinieblas me daban valor... Marthe me contestó con dulzura: "No. Quiero ver cómo te duermes..." Esa frase maravillosa me molestó un poco. Me revelaba la conmovedora dulzura de aquella mujer que arriesgaba todo para ser mi amante y que, no pudiendo sospechar mi enfermiza timidez, se contentaba con verme dormir a su lado. Hacía ya cuatro meses que afirmaba quererla pero aún no le había dado la prueba que los hombres suelen prodigar tanto y que, a menudo, sustituye al amor.» Por supuesto, esta situación, la primera noche que él fue allí de madrugada, tardaría poquísimo en transformarse en la iniciación de él. De todos modos, aquello sólo era un esbozo aunque creyese que su amor había alcanzado ya una forma definitiva. Y oscila mucho durante la novela aunque la pasión no deja de aumentar mientras vive ella.

Aunque aparecen, o se alude a ellos, otros personajes, la acción de *El diablo en el cuerpo* se concentra intensamente en ese adulterio y ambos se van aislando crecientemente del país en guerra que los envuelve. De las murmuraciones y del ambiente enrarecido con respecto a ellos en J., donde viven, cerca de París, y el amor del muchacho

está muy finamente analizado por el mismo, con un estilo sencillo que no impide la acertada matización.

En cuanto al engaño de Marthe a su marido ausente, lo presenta el autor como consecuencia de unas circunstancias tremendas de las que deja oír apenas unos apagadísimo ecos. Su tema y su historia tienen su raíz en la situación excepcional en que se hallaban tantos jovencitos como únicos hombres disponibles. Pero, ante todo, vemos al protagonista como alguien sin hacer aún que se siente agobiado, por mucho que disfrute, por unas circunstancias que sabe pasajeras y por su misma inseguridad afectiva en aquella época experimental con fondo de tragedia mundial que a él sólo le llega como remordimientos en sordina. Lo cuenta como un descubrimiento vitalísimo que le tiene fuera de su normal existencia y están muy bien observadas y descritas las reacciones, entre infantiles y maduras, del muchacho al saberse padre. El amor, tan complejo y ramificado, era demasiada carga para aquel muchachito desconcertado por la propia vida, en la cual había penetrado con excesiva prisa que el mismo no se habría dado por su voluntad sino que le hizo tomar el deseo espoleado: «¡Marthe! Mis celos la seguían hasta la tumba, anhelaba que no hubiese nada después de la muerte. Siempre nos resulta insoportable que la persona amada se encuentre rodeada de numerosa compañía en una fiesta a la que no asistimos. Mi corazón estaba en esa edad en que todavía no se piensa en el porvenir. Si, más que un mundo nuevo donde reunirme un día con ella, era la nada lo que yo deseaba para Marthe».

Todos sabemos que la publicidad le gra maravillas, pero, cuando la mentalidad publicitaria se pone al servicio de la política, colocarle al país nada menos que un presidente es tarea difícilísima. Antes —y, por supuesto, me refiero a los Estados Unidos— la prensa tenía el primer puesto en las elecciones presidenciales como arma convincente, pero la televisión ha ido adquiriendo tan inmensa fuerza persuasiva que los equipos de presión la utilizan como el más eficaz martillo. Y el equipo electoral que organizó y llevó a cabo la campaña que colocó a Nixon en el poder tenía que vencer una dificultad previa e importantísima: la imagen de Nixon le había perjudicado mucho en las



Raymond Radiguet, por Jean Cocteau